



¿POR QUÉ CRECE EL INDEPENDENTISMO EN CATALUÑA?

Vicenç Navarro

Catedrático de Ciencias Políticas y Políticas Públicas. Universidad

Pompeu Fabra, Barcelona

22 de septiembre de 2015

La interpretación más generalizada del crecimiento del independentismo catalán que ofrece la estructura de poder económico, financiero, político y mediático basado en la capital del Reino (que no tiene nada que ver con el Madrid popular), que en la terminología anglosajona sería conocido como el establishment español, es que tal movimiento es una criatura del gobierno Mas, el cual, a fin de sobrevivir políticamente (y a base de la gran manipulación de los medios públicos de la Generalitat, TV3 y Catalunya Ràdio), ha movilizado a la población en Cataluña para pedir la independencia. Esta visión ha sustituido a otra, generalizada principalmente en algunos sectores de las izquierdas españolas, que consideraba este independentismo como una mera criatura de la burguesía catalana, que lo utilizaba a fin de optimizar sus intereses

financieros y económicos, frente al mundo empresarial y financiero basado en Madrid.

Como consecuencia de estas interpretaciones del independentismo y de su crecimiento, la estrategia del Estado central español ha sido intentar asustar a la burguesía catalana con imágenes del desastre que supondría para sus intereses la salida de Cataluña de la Eurozona, dirigiendo sus ataques al Presidente Mas, al cual se le considera portavoz de la burguesía catalana. Esta versión, influenciada por los escritos de Jordi Solé Tura –uno de los padres de la Constitución Española-, ha perdido bastante fuerza ante la evidencia de que los grandes centros financieros y económicos de la burguesía catalana (desde La Caixa a Freixenet) están en contra de la independencia. La pérdida de credibilidad de esta segunda interpretación del independentismo ha dado pie a la primera interpretación, que ve el crecimiento de este como mera creación del gobierno Mas, centrando así toda su estrategia en derrotar a tal gobierno, creyendo que desapareciendo la fuerza política liderada por tal persona desaparecerá el independentismo.

Esta es, pues, la versión del porqué el independentismo está creciendo, sostenida por el establishment español. Una de las características de este establishment español es no considerarse nacionalista, atribuyendo tal nombre solo al nacionalismo catalanista,

sin nunca reconocer que su visión de España corresponde a y refleja un profundo nacionalismo, intrínseco en el Estado borbónico, que ve a España como una nación indisoluble, centrada en la capital del Reino y dirigida por un Estado central que impone sus decisiones a la periferia. De ahí que ese nacionalismo españolista se haya extendido ampliamente a lo largo de todo el territorio (promocionado por los mayores medios de tal nacionalismo españolista, que van desde los medios de ultraderecha como *ABC*, *La Razón* y *El Mundo*, al centro derecha, como *El País*). Pues bien, por paradójico que parezca, *este nacionalismo españolista es la mayor causa del crecimiento del movimiento independentista. Veamos los datos.*

Es cierto que el partido conservador-neoliberal que ha gobernado Cataluña ha apoyado activamente a los movimientos como la Asamblea Nacional Catalana, ANC, y Òmnium Cultural, que han jugado un papel clave en canalizar el enfado estimulado por los efectos tan negativos de la crisis económica en el bienestar de la población hacia el sentimiento anti Estado central (que se le ve, correctamente, como el mayor causante de tal crisis), ocultando (a través de su enorme control asfixiante sobre los medios de públicos de la Generalitat, TV3 y Catalunya Ràdio) que el mayor aliado de la aplicación de las políticas públicas que han causado tal crisis por parte del gobierno central ha sido precisamente el partido conservador-liberal presidido por el Sr. Mas.

La relación entre los líderes de aquellos movimientos independentistas, ANC y Òmnium Cultural, y el gobierno Mas es estrecha y abarca muchas dimensiones que incluyen desde su financiación (el tesorero de Òmnium fue el Sr. Jordi Sumarroca, uno de los mayores benefactores de CDC -el partido dirigido por el Sr. Mas- y cuya relación con ese partido está siendo investigada por los tribunales, como ha detallado *El Triangle* en "La presó dels Sumarroca", 04.08.15) hasta la militancia de sus dirigentes. La hasta hace poco dirigente de la ANC era militante de ERC, el partido que ha ofrecido su apoyo parlamentario al gobierno Mas. El dirigente de dicho partido, el Sr. Oriol Junqueras, en lugar de ser el jefe de la oposición pasó a ser el mayor sostenedor del partido gobernante (sin tal apoyo, el gobierno Mas ya no existiría).

Ahora bien, habiendo dicho esto, lo que los nacionalistas españoles –que cubren un amplio abanico, desde Santos Juliá en *El País*, a Francisco Marhuenda en *La Razón*- nunca entienden –porque no quieren entender- es que lo que ellos consideran es la causa del crecimiento del independentismo es, en realidad, consecuencia de la causa real, que es precisamente el enorme carácter opresivo y asfixiante del nacionalismo españolista que existe en el Estado central español, y que ellos promueven y reproducen. Nunca admitirán que el nacionalismo españolista es el mayor causante del crecimiento del

independentismo catalán, cuestionando incluso que ellos mismos sean nacionalistas. Su incapacidad de entender esta obvia realidad se debe a su arrogancia e inhabilidad de ser autocríticos, característica de cualquier agente que canaliza una ideología dominante. Esta inhabilidad es un fenómeno bien conocido en la mayoría de los casos de discriminación. El hombre que discrimina a la mujer, por ejemplo, no se da ni cuenta de la naturaleza de tal discriminación. Esta está tan generalizada que ni siquiera se da cuenta de ello, pues, como resultado de su dominio, se ha construido un aparato ideológico que justifica ese dominio, al cual ni siquiera se le ve como tal.

Una situación semejante ocurre con el nacionalismo españolista, basado en un enorme dominio consecuencia de su visión de lo que es España, que ve a la España actual como la única posible. Desde el guerrismo en el PSOE hasta las diatribas de *La Razón*, el *ABC* y *El Mundo* (por no decir de *El País*), todos ellos consideran el independentismo como un fenómeno y una guía ideológica anticuados, absurdos en el siglo XXI (a pesar de que ha surgido un número considerable de nuevos Estados en Europa en los últimos treinta años), y utilizan cualquier epíteto despectivo para marginarlo. En esta visión de España (que alcanzó su máxima expresión durante la dictadura) no hay más nación en España que la española, centrada en la capital del Reino. Cualquier otra visión se ve como irracional, absurda, anticuada, y una larga retahíla de adjetivos. Y ahí está la

raíz del problema. Cada vez que cualquier portavoz de este nacionalismo, sea Felipe González, sea el Ministro de Defensa, el Sr. Pedro Morenés, sea el Sr. Alfonso Guerra (que consideraba al Sr. José Montilla como “contaminado de nacionalismo catalán”), hacía sus declaraciones ofensivas a Cataluña, deleitaba a los círculos nacionalistas catalanes, aumentando el atractivo del independentismo. Tenía que verse el orgasmo mediático que tuvieron los tertulianos de TV3 y Catalunya Ràdio el día siguiente a las declaraciones de tales señores, declaraciones que, debido a la monopolización de la visión de España por los nacionalistas españoles, facilitaba la presentación que hacen los independentistas catalanes de que es imposible continuar en España, asumiendo que esta España es la única existente o posible.

La incapacidad de autocrítica

Esta imposibilidad del nacionalismo españolista para aceptar el plurinacionalismo se presenta constantemente. El Estatuto, propuesto por el gobierno catalán presidido por el socialista Pasqual Maragall y aprobado por el Parlament catalán y las Cortes Españolas (dejando un texto “cepillado” –como se anunció en la típica chulería y arrogancia del nacionalismo españolista-), y tras ser aceptado y refrendado por la población en Cataluña, fue vetado en elementos esenciales por el Tribunal Constitucional (controlado por el PP y el

PSOE) con el silencio e intento de trivialización de estos vetos por parte del gobierno Zapatero, además de la campaña anticatalana del PP que se expandió por toda España (con una resistencia muy temerosa y moderada por parte del PSOE). Estas realidades, además del constante incumplimiento del Estatuto por parte del Estado central, y la recentralización por parte del gobierno del PP, son algunos de los muchos agravios que jamás son reconocidos como tales.

Y todos estos agravios se presentan dentro de un trasfondo que los nacionalistas españolistas nunca quieren entender, ignorando también que el Estado borbónico nunca fue popular a nivel de calle en Cataluña. Así, la bandera borbónica y la marcha real, que se definen como la bandera y el himno de España, nunca fueron populares, entre otras razones porque la bandera y el himno de las fuerzas ocupantes (que fueron enormemente brutales y sangrientas, llegando incluso a prohibir la expresión del catalán) eran prácticamente la misma bandera (a la que se había añadido el símbolo del fascismo español) y el mismísimo himno. ¿Qué no lo entienden? Es sorprendente que no lo hagan. El silbido a lo que se considera el himno de España continuará, a no ser que cambie el Estado español. Y en contra de lo que asume el nacionalismo españolista, no se trata de un rechazo a España, sino al Estado borbónico español, que oprimió y continúa oprimiendo a Cataluña (y a otros pueblos y

naciones de España). A nivel de calle, cualquier ciudadano de cualquier parte de España puede observar la falta de animosidad hacia él o ella en las calles de Cataluña. En realidad, la mayoría de la población de Cataluña tiene sus raíces en otras partes de España.

En cuanto al argumento de que la Constitución fue aprobada en Cataluña con porcentajes mayores que en el resto de España, se ignora que en aquel momento se percibían dos alternativas: una a favor de terminar con la dictadura, y la otra a favor de continuarla, votación realizada en un momento de gran dominio de las ultraderechas en el aparato del Estado.

Hoy en Cataluña se está haciendo más y más difícil no ser independentista. La avalancha del nacionalismo españolista hace casi inevitable el crecimiento del independentismo catalán. No se ve cambio en España. Y la estrategia del independentismo es precisamente subrayar que no es posible otra España. Desde este punto de vista, Podemos y su dirigente Pablo Iglesias, que han dicho miles de veces, tanto en Barcelona como en Madrid, que tiene una visión plurinacional de España y acepta la autodeterminación de Cataluña, se convierte en el enemigo nº 1 de lista pro independencia *Junts pel Sí*. No es por casualidad que Mas, el dirigente real de *Junts pel Sí*, canalice más su agresividad hacia Pablo Iglesias,

identificándolo como tan peligroso como Aznar (cuando fue él, Mas, y su partido CDC los que hicieron a Aznar presidente de España).

¿Es otra España posible?

Esta no es una pregunta hecha con espíritu provocador. Y no es una pregunta fácil de responder. Hoy la estrategia del Partido Popular es derrotar al independentismo catalán por todos los medios (presentando el catalanismo e independentismo como idénticos). Es un error ver este comportamiento como resultado de una torpeza de tal partido (que es un partido muy minoritario en Cataluña). En realidad, es una estrategia que (por desgracia y como consecuencia de la generalización del nacionalismo españolista a lo largo de España) es electoralmente muy rentable al sur del Ebro. Y de ahí que no cambiará.

En cuanto al otro partido, el PSOE, es muy difícil que cambie, pues sufrió una transformación profunda durante la Transición. Hay que recordar que el PSOE, durante la clandestinidad, apoyó el derecho de autodeterminación de Cataluña, haciendo suya la plurinacionalidad del Estado español. Derecho de autodeterminación quiere decir derecho de decidir, que implica derecho a escoger la relación entre Cataluña y el Estado Central, siendo una alternativa la secesión. Pero tal distinción raramente se hace. La soberanía del

pueblo catalán no implica automáticamente secesión. Hoy, si Cataluña fuera soberana, continuaría dentro de España, en un sistema federal o confederal, pues esta es la voluntad de la mayoría de la población. Tener tal derecho a decidir significaría el reconocimiento de la soberanía popular (y que debería extenderse a otros pueblos y naciones de España), de manera que la unión de España fuera voluntaria, y no por la fuerza.

El PSOE renunció a ello en la Transición como resultado de la imposición del Rey y del Ejército español, como han indicado algunos de los padres de la Constitución, imposición que asignó al Ejército la garantía de la unidad de España. Hoy, el PSOE, que se adaptó al Estado heredero del Estado dictatorial, se ha convertido, junto con el PP, en el mayor defensor del régimen institucionalizado que niega el carácter plurinacional del Estado (por mucho que de vez en cuando salgan voces indicando que España es una nación de naciones para arrepentirse inmediatamente después). Debido a la inviabilidad de cambio de este Estado bipartidista, la posibilidad de otra España requiere la aparición de otro Estado distinto al borbónico. ¿Es ello posible?

Y es, en respuesta a esta pregunta, cuando uno tiene que recuperar el valor de la dimensión social del Estado. El Estado del nacionalismo españolista, basado en el dominio de una visión de

España, es un Estado controlado por aquellas fuerzas financieras, económicas, políticas y mediáticas que son también responsables del enorme retraso social de España y Cataluña (sus gastos públicos sociales por habitante son de los más bajos de la Unión Europea de los Quince). El nacionalismo catalanista (cuya conversión al independentismo es muy reciente) reflejado por el pujolismo (centro de ese nacionalismo), era el mayor aliado del nacionalismo españolista en la aplicación de las políticas conservadoras-neoliberales responsables del retraso social de Cataluña.

En este contexto, la crisis ha originado toda una serie de movimientos de rebeldía y oposición (iniciados por el 15-M) que cuestionan este Estado y la ideología que reproduce. Y es este movimiento el que ofrece la posibilidad de recuperar la otra visión de una España plurinacional, basada en el desarrollo de una Segunda Transición que establezca un Estado plurinacional en el que los distintos pueblos estén unidos por la voluntad y no por la fuerza, y en el que la relación de solidaridad entre ellos se base en una concepción justa y democrática.